

EL ESTORNUDO DE LA MARIPOSA

JOSÉ DE CORA

EL ESTORNUDO DE LA MARIPOSA

Los Garbo contra Hitler



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: septiembre de 2016

© José de Cora, 2016
© de la presente edición: Edhasa, 2016
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6306-7

Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 11544-2016

Impreso en España

Araceli y Juan,
los protagonistas de esta historia,
guardan un asombroso parecido
con el matrimonio homónimo español
que urde engañar a Hitler y facilita
el desembarco aliado en Normandía.

A Araceli y su familia.
A Juan y la suya.

I. PAISAJE

Lugo y Barcelona,
dos caminos hacia Burgos

Barcelona

Las horas se marcan con el avance de la sombra sobre las paredes semidesnudas de la casa. Es la máxima actividad que puede permitirse un topo como Juan en pleno centro de Barcelona. Y mientras permanezca la monotonía, no llegará ese piquete que lo conduzca delante de un juez, de un pelotón o de un féretro. Margarita y sus padres lo tapan porque la chica piensa en el casorio y él ha dado pruebas de ser manso de ademanes y blando de corazón. Cómo no ha de serlo si desde que comienza la guerra está cosido a las faldas de la mesa camilla que los Estrucht tienen en su comedor de la calle Gerona.

Los Estrucht ignoran que su mente, al contrario que su cuerpo, es un hervidero donde borbotan las ideas políticas que han hecho de su vida una miserable existencia. Por cercanía, la República y los catalanes son hoy sus principales enemigos, los defraudadores de su confianza. Franco, ese general alzado, si llega a alguna parte, acabará cediendo el poder a la Falange, o lo que es peor, al III Reich, que ya ha eliminado los últimos rastros de democracia en Alemania y que se presenta como la bestia que ha de dominar el mundo. Juan conoce el proverbio chino de la mariposa y los efectos de su aleteo en el otro extremo del planeta. De hecho, se lo hace notar un profesor cuando estudia avicultura en Arenys de Mar. «La subsistencia de todas las aves del mundo depende de lo que

haga un solo pollo a vuestro cuidado». Aquello le impresiona más allá de las normas higiénicas que el monitor pretende inculcar en sus alumnos, y desde entonces se convence de que cualquiera, él por ejemplo, puede ser la mariposa que con su aleteo cambie el curso de los acontecimientos. Y si las alas no son suficientes, lo será su estornudo.

Lugo

Araceli es rica hembra al gusto de los mozos casaderos. No hay en ello graves discrepancias, ni ahorran palabras en el requiebro. Y quien dice solteros, casados dice, que el criterio no se pierde en los altares, ni están los tiempos para escatimar al ojillo bellas estampas, tan diferentes a esos retratos de Franco y José Antonio que la Sección Femenina obliga a incluir en los paquetes que todas las madrinas reúnen bajo el nombre de Aguinaldo del Combatiente, ya cercano en estas fechas de fríos cortantes y nieblas intensas. Y no porque los dos hombres no sean guapos, que son luceros, sino porque sus rostros recuerdan que estamos en guerra, quiérase o no, y es una murga.

En realidad, todo habla de la guerra. No hay forma de escaparse. Araceli es camarada enfermera y quien la vea de uniforme en Santa María, madre mía, rodeada de heridos y convalecientes, qué va a pensar sino en batallas y en trincheras; en bombas, odios y combates encarnizados. Y quien tiene la fortuna de no pisar el frente, se afana en ayudas, recolectas, donativos, en el Día sin Postre, en el del Plato Único, en libros para los soldados, prendas de lana, un poco de tabaco, botellitas de alcohol, las escarapelas del Auxilio Social, la tómbola, el óbolo, y sobre todo, en postular, postular, postular. Es la vida en retaguardia y a quien no le guste solo le queda elegir

entre las trincheras o el presidio. A Frentes y Hospitales y al Hogar del Soldado se dedican las mayores atenciones. A tal fin, la banda del Regimiento de Zaragoza, dirigida por Álvarez Cancio, ha ofrecido en el Círculo un concierto extraordinario y Araceli estuvo allí, pues tan bien suenan sus marchas, que el espíritu se levanta, te lo digo yo, que salí con ánimos para una semana y ganas de desfilar varias veces alrededor de la muralla. La música no amansa a las fieras; en este caso las vuelve marciales y triunfadoras.

Pero hoy es domingo y una vez cumplidas las obligaciones perentorias en Santa María, la misa mañanera y algo de costura para que no nos llamen vagas, quedan unas horas de respiro y parloteo, de ropa de calle sin ostentaciones, de colorete –aunque sin profanar el alivio por la muerte de papá–, de medias de seda cuidadas con esmero –que el nailon o el cristal son entelequia–, o de cine, que si estrena Leslie Howard, es a peseta la butaca y ese hombre excita pasiones, tan entero, tan señor, tan frío y caballero.

Ahora que entra en el Círculo de las Artes, caída ya la tarde, la saludan sus conocidos y la siguen las miradas de los otros. Avanza decidida sin que se le borre la sonrisa de los labios hasta sentarse en la mesa de costumbre, en la rotonda, donde la esperan sus amigas. Hoy solo acuden dos de ellas, Cachita y Angelines. Celia tiene turno de lectura a los enfermos. Walda, Esther y Eva salen con sus novios, que ésas ya se han perdido para la pandilla. ¿Casarse? Lo comentan en cada encuentro, pero no dan los números, ni las letras dan para el banquete, el traje, ni las flores. La consigna es gastar menos que un ruso en catecismos y la cumplen a punto crudo. Además, si de Araceli se habla, boda suena a puerto y a llegada, cuando ella sueña con zarpar, desplegar velas y poner rumbo, tan siquiera, a las Canarias, que es destino recurrente en la familia. Canarias tiene que ser precioso, con

ese calorcito que te saluda en el amanecer y que no se va ni al acostarte. A las islas llaman Afortunadas y, para mí, afortunado es quien va a ellas.

Aquí el frío aprieta y en los cristales de Obispo Aguirre lloriquean las gotas del último aguacero. Para salir hoy a la calle, sin nadie que lo ordene bajo arresto, hacen falta más de dos razones, y eso que las chicas sí las tienen, al menos una de éstas que dan juego a la húmeda y al chismorreo.

—¿Leíste *El Progreso*? —le pregunta Cachita por toda bienvenida.

—Sí; bueno, no. Eso sospecho, por tu toniquete y las risitas. He tenido un domingo para enmarcar, a trancas, de broncas y jaleos. ¡En el hospital creen que soy un sorche y que funciono a toque de corneta! Lo he visto por encima. Mañana tengo turno otra vez y no espero convocatorias por delante.

El periódico es tablón de anuncios para órdenes y reuniones. Todas las muchachas de Lugo, las señoras, señoritas y camaradas, están pendientes de lo que publique, pues hay turnos en colegios, cuestaciones, tómbolas y hospitales; reuniones de partido, lecturas a convalecientes, guardias, misas, comedores, costureros y hasta furrieles. Claro que con el horario de mañana ya fijado, Araceli desestima que ni la Delegación de Sanidad, ni el partido, ni Frentes y Hospitales le impongan otras tareas.

—¡Sales en los versos! —interrumpe sus quejas Angelines.

—¿Qué versos?

—Los dedicados. Hoy viene uno debajo de las órdenes de Falange.

—¡Vaya! ¡Un admirador secreto con ínfulas de Garcilaso!

—¡No! —se apresura Cachita a desmentirla—. Nada de secreto. Éste firma y tacha con nombre y apellidos a banderas desplegadas. ¿Cómo es que nada te dijeron?

–En el hospital estamos para pocas poesías. Se ha muerto el muchachito de Cuenca. Ya os hablé de él. El que perdió la pierna. ¡Pobre chico!

–Sí que es triste. Pero entonces, ¿nada?

–Nada de nada.

–Ahora verás. ¡Paco! Tráiganos el periódico de hoy. Ande, sea bueno.

–Y un té.

–¿Con aspirina?

–¿Tengo yo cara de jaqueca?

–Aquí quien toma té es que está enfermo.

–Pues yo lo tomo sana.

Paco, el viejo camarero, vuela por entre las mesas con la bandeja en exacto equilibrio y la cabeza repleta de pedidos. No es difícil para él llevar la cuenta. En el Círculo hay pocas novedades. Los mismos sillones, a las mismas horas, las mismas consumiciones. Todo lo más, si algún achaque sobreviene, el cliente establece una ligera precaución: «Paco, hoy no me echas las gotitas, que me dio la noche la vesícula».

–Unos minutos, señoritas; que don Venancio aún no lo sabe de memoria.

Don Venancio no lo memoriza, pero como ha perdido vista, se lo acerca a las narices y tarda el doble en reencontrar el hilo cada vez que levanta los ojos por encima de las gafas y sorbe un trago del cafelito.

–Entonces, ¿quién es el pollo? –se interesa Araceli sin hacerlo.

–¡Ah! –le chafa Cachita la respuesta–. ¡Tienes que adivinarlo!

–Pero ¿lo conozco? ¿Es el de bigotes de gato?

–Frío, frío.

–¡Bah! Todo por pura tontería.

Los versos dedicados ya no son lo que fueron, pero la costumbre se mantiene a duras penas, especialmente en aquéllos más talludos que entre la guerra y las privaciones corren peligro de permanente soltería y se aferran a viejas tradiciones de hacer patentes amores, de levantar pasiones en la sombra, de intrigar, o de estar en boca del mujerío, sobre todo ahora, cuando ya se habla de que esto se acaba, de que cualquier día Franco entra en Madrid y hay verbena en Las Vistillas, mira tú, con farolillos, una orquesta de ringorrango y jóvenes profesores. Y en Lugo también habrá baile, que ya es hora; que la guerra es solo frío, frío y sabañones como mofletes de pepona.

Más que de amores hoy hay versos al Caudillo, versos encendidos de pasión al «Ilustre Jefe de Estado / de nuestra España triunfal / en defensa de la cual / con arrojo te has alzado». Se hacen méritos líricos y se conquistan corazones administrativos, que pronto habrá reparto de cargos y prebendas como uvas en racimos.

Por fin, don Venancio suelta la prensa y Paco, que está al quite, la rescata para sus chicas, las más lindas y risueñas en aquel conglomerado de vetustos, que ni están en la guerra porque se han pasado, ni esperan la paz porque no les llega.

—Aquí tienen ustedes. Y si algún día se pierde algún beso, acuérdense de Paco, que nada les voy a cobrar por recibirlos. Pueden elegir entre dos opciones, uno en cada mejilla, que para ser besado este cura no entiende de política.

Lo del beso no les molesta, ni les azora. Paco lo dice siempre, sin fe, pero sin rendición a una causa que no por imposible es menos deseada.

Araceli toma el diario sin prisas, con la parsimonia de quien le va a echar una rutinaria ojeada. No es una situación cómoda para ella. Sabe que es la única de las tres en condiciones de recibir versos de tapadillo, ocultos, románticos, pícaros o encendidos; pero aunque sus amigas ya hicieron por

su cuenta elección de amores, no quiere parecer presuntuosa, ni deseada, ni guapa, ni nada que pueda molestarles.

Llega a la página y lee:

*Aurora luminosa de mi sino,
resplandor que alumbra cada paso,
aliento que me ayuda a seguir vivo,
calor sobre heridas que consumen.
Espero en mi pena yo cautivo
lograr la llave que tanto anhelo
y abrir las puertas al destino.*

—¡Anda la osa! ¿Y por qué sabéis que son para mí?

—¡Araceli! —exclama Angelines—. ¿No te has fijado en las iniciales de los versos? ¡Es el acróstico de tu nombre, o como se diga! Quevedo los tiene a cientos para disimular a los personajes que toma el pelo. ¡Lo dimos en Literatura!

—A r a c e l y... Pues sí, pero el mío no va con la i griega.

—¡Qué sé yo! No se habrá enterado, o es una licencia poética. Pero de que eres tú no caben dudas. Mira la firma.

—Joaquín Arévalo Tordesillas. No sé quién es.

—¡Mujer! ¿Cómo que no? ¡Joaquín, Chinín, el herido de Samos!

—¡Jesús! ¡Ése tan feo!

—Sí, sí, feo. ¡Rico y con título!

—Título, título... Conde de Lombriguíña es su padre.

Las amigas se despiporran de la risa con la broma de Araceli.

—¡De Lombriguíña, no! ¡De Nameliña!

—¡Bah! ¿Para qué quiero yo un título? Los tiene por docenas mi familia, metidos en un cajón y forrados en celofán. ¡Jamás se me ocurriría ponerme uno! ¿Os imagináis? ¿Yo, marquesa; en casita y toda tiesa? Eso es para mi primo

Esteban, que le priva, y si en la tarea no se pierde, se quedará con el marquesado de San Juan de Carballo, que era de Pardo y Gago, allá por el XVIII, e incluso más atrás si escarba un poco.

Y es cierto. La de Araceli es saga de abolengo, señores de Suevos, de Codesido, de la Torre de Mañente y de la Casa de Carrocid, con engarces a los Lemos, a los Arjona y a los Trastámara que el citado primo Esteban ya se encarga de llevar cuan lejos puede, hasta el rey Alfonso XI nada menos, en un libro que salvo él nadie ha leído porque es genealogía de cien mil nombres, dura prosa a todas luces, también para Araceli, que podría ver en ellos la estela gloriosa de su alta alcurnia.

—Ya sé que Chinín está loquito por casarse, pero mala carrera lleva si pierde el tiempo con ripios de naftalina. Además, es un creído. Las cosas como son.

Angelines parece asustarse del desprecio con el que su amiga se refiere al poeta, quizá porque pensaba verla como unas castañuelas.

—A mí me parece muy meritorio. Vino herido del frente y puso en riesgo su vida por nosotros. Además del título y los monises, ya lo admitieron en el Cuerpo de Mutilados de Guerra. ¡Es un héroe!

—¿Chinín un héroe? Un rasguño en el brazo y un apellido. Heridos son los que tengo yo en Santa María. Éste se fue a Samos muy contento. Cuatro semanas en cabestrillo, sopitas y buen vino.

—Para no conocerlo... no te falta detalle de su ficha.

—No esperaba que fuese él.

—¡Claro! Tú esperabas a Bécquer.

—Ramón escribe poesía y no lo hace nada mal.

—¡Ay, Ramón! Ya salió tu Ramón. Ahora resulta que también es poeta. Vivimos en el Parnaso y nosotras sin enterarnos.

—¡Cuidado! ¡Ahí viene!

La advertencia de Cachita se debe a que el llamado Chinín, don Joaquín a todos los efectos dentro del Círculo de las Artes, atraviesa la puerta del Salón de Columnas y enfila el pasillo de la rotonda, donde las tres amigas lo destripan como arenque de Pomerania en salmuera. Al menos lo hace una de ellas, aquélla por la que mueve su cálamo, por la que bajan las musas a verle, por la que está dispuesto a compartir el condado paterno, la cama, una casa grande con torre de mortero, treinta vacas, veinte hectáreas y pare usted de contar, que hoy en día ese patrimonio no son aguas de borrajas. Él se tiene por marisco, es decir, soldado gallego de los que mandaron bordar un centollo en la solapa, un percebe, una nécora, una cigala, para decir al enemigo que, por encima de la chatarra, el gallego lleva al frente un surtido de vieiras, el marisco de su tierra y sus agallas. Chinín no fue marisco, repite Araceli sin que le oigan, ni su pandilla, ni quien se acerca con paso de parada militar.

–Como mucho, fue chirla.

Y todas ríen con la mano sobre la boca, para no llevar a escándalo.

–Buenas tardes –dice el caballero mutilado ante el trío.

–Muy buenas tenga usted, don Joaquín.

–Por favor, apeemos tratamientos, que casi somos de la edad.

Araceli no puede contenerse, como hace siempre.

–No sé a qué edad se referirá usted, pero en la mía ya había rueda, pedal y frenos. Vamos, la bicicleta entera.

Las amigas se ruborizan y vuelven a reír nerviosas ante el descaro. El hombre, de chaqueta cruzada, flor de *toxó* en el ojal de la solapa, más grande de lo que manda la elegancia que impone Jesús Suevos, es decir, casi maceta; gomina por todo el cráneo, un solitario que se ve desde la calle, bigotillo Alfredo Mayo, pitillo y cabestrillo por aquello de la herida,

no se da por aludido. O no lo oye, o no quiere oírlo, y así reanuda su discurso.

–He visto que leían el periódico. ¿Les ha gustado?

Araceli apenas deja que termine su pregunta y le pisa con firmeza en la respuesta.

–Mucho. En eso todas coincidimos. Son unos versos chupilerendis, ¿verdad que lo comentamos?

Y ellas asienten con golpes de cabeza sin atrever más añadidos, no vayan a resultar equivocados, o en opuesta dirección a la iniciada, sean cuales sean las maldades que argucia la muchacha.

–¡Fina sensibilidad ante la lírica! No esperaba menos de quien por fuera es pura poesía en equilibrio.

–Pues sí, ha de estar muy contenta la mujer a la que escribe. Raro es ver en los billetes rimas más elevadas que amores con dolores, y negros ojos con labios rojos.

–¡Araceli! –exclama Chinín desconcertado–. ¡Es usted a la que escribo! ¿No reparó en el acróstico que se forma?

–¡Ah! Pues no, sinceramente. Yo me debo a mis enfermos y nada hay que les robe mi atención y mis cuidados. Falta tiempo para que podamos leer versos, don Joaquín, y usted tampoco debería gastar esfuerzos que no sean para la Cruzada.

Al presunto mutilado le basta el rechazo. Apaga el pitillo de malos modos en el cenicero y se marcha por donde vino.

–Buenas tardes, señoritas.

–*Bai bai*, caballero.

Barcelona

Margarita es buena chica. Sería difícil encontrar otra como ella en toda Barcelona, pero tiene espíritu de harina, que es indispensable para cocinar, pero no se nota. Y si se nota,

malo, porque no está cocinado. Juan sabe que de seguir adelante con ella tendría un plácido matrimonio, pero tan plácido, que lo lamentaría las tardes mustias de los domingos invernales. Sus padres son dos pedazos de pan, de ahí la harina. Don Fermín y doña Sole. Si ellos me piden que cruce el puerto a nado, me tiro al agua. No tengo fuerzas ni argumentos para negarles un favor de los muchos que les debo; por eso temo que acaben regalándome la mano de su hija. Esto es, que no sea una petición de parte, sino un agasajo irrechazable. A ver cómo les digo que no, que es algo sosa, que salí con ella por no contrariarles desde que vine apaleado de Córdoba, que aquella andaluza sí era mujer para danzar, que me tenía loco entre las piernas y que fue mi padre, con santa paciencia, quien me repitió durante el viaje de vuelta que el mundo está lleno de mujeres. Sí, claro, y de billetes de banco. El caso es pillarlos y ellas, que te amen. En fin, la cordobesa tampoco me amaba, porque de lo contrario hoy brincaría día y noche entre olivos, o donde ella quisiese, que me iba a tener de faldero como perro de mendigo. Hace dos meses que vivo en la casa de Margarita, aquí en la calle Gerona, Girona dicen que van a ponerle; refugiado, escondido, sepultado en vida. Cuando el 18 de julio decido no presentarme a filas, don Fermín me acoge sin problemas. Por algo soy el prometido, aunque promesa, que yo recuerdo, no hice ninguna, ni ella me la ha pedido. Son los padres que se lo creen para justificar mi presencia y verse ya convertidos en suegros. No les hace ninguna falta, pues nadie, salvo ellos mismos, sabe que estoy oculto en su hogar. Estaría bueno que fuese yo la comidilla de la vecindad. En menos de dos horas, tendría un piquete de milicianos a la puerta, y con ellos, al cuartel, de cabeza; sino al calabozo, sino al paredón. Sería uno más en esta guerra sin sentido, uno más en pegar tiros, en moverme por el barro por si veo a uno de

Murcia y lo descerrajo, pobrecillo. Pues no va a ser ése el resultado. Aunque sea, me caso con Margarita y escapamos en un bote al garete de las olas y del viento mediterráneo.

La casa es soleada, pero poco importa. Juan no se acerca a las ventanas a menos de dos metros, sobre todo cuando las abren por las mañanas para ventilarla, que ni necesidad hay, digo yo, si las abren por las noches y se renueva el aire con la brisa nocturna que ha de ser más limpia por menos usada; pero la madre de Margarita, doña Sole, es de ideas fijas, muy constante, previsible y ordenada como un calendario eterno donde los años bisiestos son una murga porque son distintos. Solo por veinticuatro horas, pero distintos. Maravillas hace para repetir el menú de la semana, porque si los lunes son días de lentejas, hay lentejas los lunes aunque no las haya. ¿Y qué me queda a mí, sino obedecerle? Cuando salen y alguien llama, me meto debajo del catre con la colcha de faldones bien estirada hasta el suelo y allí espero a oír sus pasos alejándose por los escalones. ¿Quién me asegura que no son los *milicos* los que llegan; los que la derriban y se meten?

Hace días he observado algo muy turbador. Llega don Fermín de la calle y traslada un taburete de la cocina hasta el pasillo. Me cree encerrado en mi cuarto, pero no es cierto, nunca la encajo si estoy solo, para no hacer ruido con la manilla y desplazarme por la casa en total silencio. El caso es que, entreabierta la hoja, lo veo todo. Se sube a la banqueta, toma una tabla del falso techo, la arranca, la baja al suelo, la deja arrimada, vuelve a subirse y en el hueco que tapa el madero mete un paquete envuelto con papeles de periódico. No más grande que un bollo; eso, como si fuera un bocadillo. La ajusta de nuevo y se va con el taburete a su sitio. No me gusta nada. Me inquieta como si viese levantar un cadalso. Decido investigar cuando vuelvo a quedar solo

en la casa, que es al día siguiente por la mañana. Tampoco quiero que me descubran revolviendo en sus secretos, de modo que utilizo la llave que me hicieron por si deseaba salir. Qué tontada. ¿Yo salir? A menos que me obliguen por la fuerza. Si la meto por dentro en la cerradura, por fuera no cabe otra llave, me hago el dormido y digo que la cerré por miedo, por escuchar algún ruido. La excusa está bien traída y entre que hago y no hago, me da tiempo a recomponerlo. Así que nada más escuchar que doña Sole ya está en la calle, busco la banqueta y subo. La tabla solo está encajada; y muy mal, por cierto. Cuando la saco, veo el escondite lleno de paquetitos con similar aspecto. Hay seis o siete de tamaños diferentes, todos envueltos en papeles, todos con las trazas de ser meriendas escolares. Extraigo el primero y lo reconozco como el visto ayer. Lo desenvuelvo y me horrorizo con lo que allí hay. ¡Son joyas! Manojos de alhajas desordenadas, unidas, entrelazadas; collares, pulseras, relojes, anillos y una diadema forman una maraña de destellos relucientes. Así el otro, y el otro, y el otro. En uno de ellos hay un lingote de oro y dos de plata que al peso calculo de mil gramos el molde. ¡Este hombre es...! No, no puede ser. Don Fermín no es un asaltante de domicilios, uno de esos cuatros urbanos que al amparo de la política desvalijan los pisos más pudientes. Un representante textil en Tarrasa, humano y tan silencioso. Es imposible. Tiene que ser otra la explicación. ¡Se las dejan! ¡Se las dejan en depósito para que él las guarde durante estos tiempos! Eso sí que le corresponde a sus modales. Pero lo que hace es una bomba, un riesgo y un suicidio. ¡Me cago en don Fermín! El mosquito muerta juega con fuego ¡y yo aquí dentro, en medio del incendio! ¡La madre que lo parió! ¿O será realmente un ladrón de cofres y nos da el pego? Mejor nos iría a todos. Pero ni eso. Al menor descuido cae y caemos todos. A no ser que forme parte

de alguna banda de incontrolados al servicio de un partido, de un sindicato... ¿Don Fermín? ¡Absurdo! Se las dejan, es el depositario, el custodio de los bienes, no cabe otra, y entonces el peligro es el peor de cuantos sea capaz de imaginar. ¡El fin del refugio y el comienzo de nuevas preocupaciones, como si fuesen pocas las actuales!

Sube alguien. Cierro la cueva de Alí Babá, llevo el taburete, quito la llave y abren. Voy hacia mi habitación y me doy la vuelta. Es don Fermín, que me encuentra a medio pasillo.

—¿Todo bien?

—Sí, más o menos.

—¿Ocurrió algo?

—No, todo bien. Oí unas pisadas, pero siguieron al tercero.

—Te noto nervioso, Juan. ¿De verdad que no pasó nada?

—Dormí mal, con pesadillas.

—Si solo es eso, no te preocupes. A todos nos ocurre. Lo raro es no tenerlas.

—Sí, don Fermín. Eso es lo raro.

Callado con el secreto que me ocupa la cabeza desde entonces, pienso ¿a quién decirlo? ¿A Margarita? Pobrecilla. Seguro que ella también está *in albis*, y doña Sole por ahí se andará. Don Fermín lo tiene oculto hasta a ellos. Si es que es eso, un buenazo; porque lo hace para librarles de preocupaciones. Cenutrio, pero buenazo.

Dos semanas más en las tinieblas sin que pase nada, quieras que no, atenúan la zozobra, pero este lunes al mediodía, con los cuatro a la mesa presidida por las lentejas correspondientes, aporrean a la puerta. Salto a esconderme en el cuarto, don Fermín acude a abrir y antes de encerrarme, veo tembloroso un horrible cuadro que me espanta. Los golpes de llamada, causados por puño imperativo, han desvenado en parte la tabla del escondrijo y sin más que dirigirle la vista, asoma el hueco y asoman los paquetes. Don Fermín

también se da cuenta de la desgracia, mira hacia atrás y nos cruzamos la vista, como dos cacos pillados con las manos en la masa. Nuevos golpes. No hay remedio, la abre y yo pego la oreja, pues ver no quiero.

—¿Fermín Escrucht?

—Estrucht. Sí, soy yo.

—Venimos a realizar un registro. Aquí tiene la orden.

El recién llegado le pasa un papel por las narices que ni tiempo da de verle el membrete, pero es lo mismo. Sabe que ahondar en precisiones sería tanto como ahondar en problemas.

—¿Qué ha pasado? ¿Puedo saberlo?

—Lo sabrás todo con detalle, porque si es cierta la denuncia, tendrás retiro para enterarte, largo y tendido. O a lo mejor, solo tendido. ¡Jo, jo, jo! —ríe el comandante de la tropa cuando mira a sus secuaces para que se regocijen con la gracia.

El hombre y los tres compinches que lo acompañan entran en el piso sin esperar que don Fermín lo autorice, y nada más ocupar el pasillo, el jefe se gira hacia la entrada y observa el tablón destartalado.

—Vaya, vaya. Ni que nos esperases, compañero Fermín. Ésta va a ser nuestra operación más fácil de toda la guerra.

¡Estamos perdidos! ¿Pero qué torpeza es ésta? Si casi se lo entrega con la mano. ¿Por qué no me habré ido cuando pude? ¿Por qué esperé a la tragedia? No puedo decir que no lo supiese.

Don Fermín se desespera y afloran los nervios en sus movimientos.

—¿Qué buscan? Aquí no hay nada que les interese.

—¿Y qué sabrás tú lo que buscamos, viejo de mierda?

Los tres hombres de la patrulla abren todas las puertas. La mía, también. Ahí vienen. Es el fin.

—¡Eh, comandante! ¡Aquí hay un pajarito!

Sebastián Segura Mores, de sesenta y cuatro años, vecino del *carrer* de Laforja, en Barcelona, tuvo la mala suerte de que a su hermana le diese por parir un cenetista, o al menos, a uno de éstos que al robo llaman justicia si son ellos los que alargan las manos a los botines. Lamentó también que este gahnápiro supiese de las joyas, y que se las pidiese para la causa, o para él, que esos detalles en épocas convulsas nunca se sabe dónde empiezan o terminan. Sebastián sufre la desgracia de verse obligado a negarlas, pues ya no constaban en su poder, y de ser finalmente denunciado por sangre de su sangre.

—Sebastián Segura Mores, en el *carrer* de Laforja, se niega a hacer entrega de unas joyas y de un dinero que yo conozco bien, pues soy su sobrino.

El resto es sencillo. Un traslado a la checa del seminario, en Diputación, 231, y una sesión en la silla eléctrica. Pies descalzos, plancha de metal y descargas sucesivas de medio minuto. Sebastián no aguanta ni a que le llegue hasta las narices el olor a carne chamuscada. Canta de plano al segundo envite, cuando su cuerpo se estremece al paso de la corriente y ve que es tan doloroso o más que el primero.

—Se las di a Fermín Estrucht. Él me las guarda.

Acto seguido somos trasladados a donde ya está Sebastián, a la checa del seminario, y me veo a las puertas de la muerte, pues aunque del asunto de las joyas podría escabullirme, nadie me perdonará ser un desertor y de los peores, pues por algo alcancé en el servicio el grado de alférez.

Al cabo de tres días sale Margarita, y por la noche, doña Sole. De don Fermín no volví a saber nada. A mí me dejan con el bulto de los incautos que allí amontonan. Cientos. Yo qué sé los que estamos. Un número muy por encima de lo que el edificio podría aconsejar, si consejo es realizar detenciones a mansalva. Quiere el destino librame de la tortura.

Primero confirman que la mujer y la hija no saben ni por el forro las ayudas que don Fermín presta. El buen hombre no pedía nada a cambio, ni les dijo media palabra, supongo que para protegerlas. A Margarita la meten en una celda armario, los tres días de puntillas, pies descalzos y agua de cloaca hasta las pantorrillas; el frío te penetra y los huesos de los pies cortan la carne hasta salir por detrás de los dedos como muñones con cinco colgajos. Eso cuentan los que como ella probaron el invento. Aunque en un principio la infeliz lo cree soportable, acaba por gritar que la liberen, que la maten o que la fríen, pero que le permitan sentarse. Ellos saben en ocho horas que el dolor es insoportable, pero a Margarita la dejan otras setenta. Aquella niña no podía conocer nada, ni de la joyas, ni de su padre, ni de ella misma, y le dan bola. La chica piensa que la seguirán y que acabará con un disparo en cualquier portal. Es lo frecuente. Pero no sucede lo esperado. A trompicones, con los pies deshechos y ensangrentados, llega hasta la clínica donde la familia acostumbra a curarse los catarros y se deja caer a la entrada. Cuando recupera el sentido, tiene los dos pies envueltos en gruesas gasas, la han bañado y apenas habla. No quiere oír su voz, ni puede decir que la conserva. Los médicos quieren que se vaya, que les estorba, pero van a tener que llevarla en coche, pues por ella sola no da ni medio paso.

La madre sale mejor parada. Llora hasta la desesperación en otra celda psicotécnica, así las llaman por darse el pegote de la ciencia, que otra cosa no le aviene. Psicotécnicas son, pues su técnica consiste en destrozarte el cerebro. Solo cabe un camastro inclinado para que el recluso se aplaste contra si mismo y el malestar venga de todas partes. No es la celda armario, pero se le parece. La niña no sabe del tráfico montado, ella tampoco. Las joyas, muchas más de las supuestas tras la denuncia del joven cenetista, están a buen recaudo. Que

se vaya la señora y que proclame a todo trapo cómo se pagan las traiciones, aunque nada sepas de ellas.

De don Fermín, ya digo, no hay noticias. Doña Sole volverá para enterarse, para que vean que se le espera, que hay alguien afuera, pero ella todavía no se ha repuesto de la paliza y a la niña hay que hacerle todo, inmóvil como está de pies y de mirada.

¿Y yo? Doy por cierto que sus torturas me han ayudado. Si ellas no saben, yo tampoco estoy en el tinglado. Pero librar del acopio no quita de que redoble el miedo en el cuerpo. Si en cualquier momento cruzan mi ficha con la militar, la veleidosa no estará para ayudarme. Por fortuna son muchos los papeles y grande el desorden. En tal confío. Quizá los documentos no lleguen a encontrarse nunca, pues están como el coño de la Bernarda, que decía mi teniente, embarullados. Si añadimos que mamá me registra con otro nombre y que mi padre no me reconoce en mi primer año, al follón se le añada campo minado y de la ensalada obtengo beneficio. A la burocracia le doy vueltas, obsesionado. Ojalá que reine el tiberio y que no salgan papeles por ningún lado.

Una tarde en el patio, a eso de las cinco, hora torera de grandes faenas, cuando cumplo en el encierro los quince días, Dolors, la más guapa y rumbosa de las mujeres allí concentradas, de todos conocida por los aires con que camina, convoca un corrillo disimulado. Lo puedes imaginar. Ella sentada, dos al lado, cuatro de frente, uno en cuclillas, tres que dan vueltas despistados. Con un guiño me llama y yo me acerco. Quédate por aquí, Juan; y haz teatro. Silba y escucha. Dentro de cuatro días, de seis a seis y cuarto de la madrugada, y solo en ese tiempo, esta puerta –señala al portalón que da al Consell del Cent–, estará abierta. El que llegue hasta ella en ese momento podrá salir por piernas. Recordad, la noche del domingo al lunes. Prudencia y suer-

te. Marchad de aquí con el mismo disimulo. Alguien dijo: Gracias, Dolors. Otros, ni eso.

Me separo del grupo con un desconocido. ¿Vas a intentarlo? No lo sé, tengo que pensarlo. Yo sí. Más mierda que ésta no me la imagino. Aquí cualquier día aligeran peso y hacen saca. Si la puerta está abierta y puedo, yo la traspaso. No sé tus cargos, pero da lo mismo. No lo dudes y madruga. ¿Y quién te dice que no es una trampa para eliminarnos? No seas chorvo. Primero, no les hace falta disculpa alguna para pasearnos cuando deseen. Y segundo, ¿no conoces a Dolors? Es mujer de agallas. Le han matado al padre y a dos hermanos. Por simpatías con Falange, dijeron. Yo no lo sé, pero me consta que no está con ellos. Se lió con Casimiro, uno de los guardias. Lo tiene loquito. Se la tira todas las noches en la cocina y no de cualquier manera. Lo tiene bien encoñado y ha prometido seguir la jodienda hasta que se aburra si se ven fuera. En un piso, con cama y todo. ¿Tú sabes lo que eso pesa en el imbécil de Casimiro? El plan es suyo. ¿De quién, si no?

Los días siguientes son angustiosos, con el corazón en un puño. Los nervios nos comen como caimanes hambrientos y en el patio, al cruce con Dolors, todo son sonrisas de acomodo, como si nos dijese: Casimiro sigue enganchado y esta noche lo he dejado para el arrastre. El plan se mantiene. Mis dudas se diluyen como el azucarillo en el agua, a cada hora, a cada segundo, aunque el convencimiento en la huida suponga echar carbón en la caldera, que hierva la sangre a cada ruido y que el estómago sea de piedra para tragar el mínimo alimento.

Mi dormitorio, por llamarlo de alguna forma, tiene la ventaja de estar en la primera planta. Tres tramos de escalera y doy al patio por un portón que se abre con pestillo. Luego, correr en el silencio y fundirse en las calles con la noche. Así llega el domingo, sin casi dar palabra a ninguno, ni nadie que

a ti te la pidiese. Logro dormir por la tarde, al sol de la tapia trasera, frente a las dos hojas de la puerta de carretas. Dos hojas enormes de seis o siete metros. Podría ahora pintarlas con detalle del tiempo que paso esa semana en contemplarlas. Ya en el camastro, la lucha con el sueño es más liviana. Todo preparado. Las horas las da un reloj lejano. Quizá sea el de la Universidad, o el de la catedral, si no le atrancaron el carillón con el palo de una escoba. Repaso mil veces dónde estoy y hacia dónde me llevará la carrera. Iré a mi casa, pero solo para afeitarme, cambiarme de ropa y darme un baño. Un beso a mamá, si no está en Aiguafreda, y a escapar, antes de que sepan si estoy dentro o fuera. El peligro allí es más que evidente. No solo por mí, pues la casa está señalada desde que detienen a mamá y a Buenaventura por contrarrevolucionarias. ¡Quién lo diría de mamá! Detenida por algo que ni siquiera sabe lo que es. Sí, quizá lo sean; como yo, como papá si viviese. Con esta revolución de ganapanes no queremos saber nada.

Las seis. Otros cuerpos, además del mío, comienzan a moverse. Hay diez en mi sala que se levantan. Esto no va a salir bien ni que venga Sant Cugat a remediarlo. Somos sombras que se desplazan. Los otros, los bultos de las camas, ni roncán ni respiran. No les arriendo la ganancia. Algunos caerán por la revancha o les apretarán las tuercas por ver si cantan. Entre los despiertos hay prudencia, sabemos bien lo que se juega en el envite. En la escalera veo a otros grupos que bajan del segundo, del tercero. ¡Esto es la hora del patio o poco menos! Nadie se alarma, cada uno a lo suyo como ratas. Alguien ya abrió el pestillo y comienza la carrera hacia la puerta. Nadie viene de los otros edificios. En ese trance Dolors está a mi lado, sonriente. Es un consuelo. Con ella allí desaparece el temor a la trampa. Fluye mejor la sangre. Nada dice, pero vemos que en la puerta se arremolina gente. ¡Serán torpo-

nes! Menos mal que antes de llegar a ella, a uno se le ocurre abrir más hueco y el tapón desaparece por ensalmo. ¡Ya estamos fuera! ¡A correr! Las calles cercanas se llenan de fugados. ¡Allí vamos más de cuarenta! ¡Ha sido milagroso! ¡Extraordinario! A cada esquina vamos menos. Todos saben cuál es su destino y en mi ruta, al poco tiempo, corro solo a mi suerte jadeante y sofocado.

Lugo

Cachita es cinco años menor que Araceli, pero juntas viven la aventura de la adolescencia, que para ellas, y para todas las muchachas de su tiempo, discurre en paralelo con el fragor de la guerra. Cachita es partidaria del *kkk*, que no es Ku Klux Klan, ni nada de eso, sino que su afán tiende hacia los niños, la cocina y la iglesia. *Kinder, küche, kirche*, como dicen sus amigas alemanas Erika y Guadalupe Ferchen, casada ya la primera con un Entrecanales, soltera la segunda como todas. Guadalupe, fíjate tú qué despistada andaba, se fue a Alemania, reclamada para hacer el Servicio Social de Hitler; bueno, como se diga. Y eso que yo ya le advertí: No vayas, que ése que tenéis ahora es un mal bicho. Pues nada, allá se marchó desde Lisboa con su patriotismo a cuestas para hacer de nazi unos meses. Arrepentida vuelve la pobrecilla. Y su hermana, otra desgracia peor, se va a morir con su marido, estrellados en un avión cerca de Gandesa. Araceli no es tan *kkk*, al menos no tiene ninguna de esas letras como meta inmediata por delante. Ya vendrán, si vienen, con el tiempo. Antes hay que airearse un poco y menear la falda por salones; que de guerra, aunque sea con marido, hijos y pucheros, está una harta y satisfecha.

Su padre, el de Cachita, es el vicealmirante Indalecio Núñez Quijano, jefe de la Base Naval Principal de Ferrol.

Con sus sesenta y dos años recién cumplidos acaba de ser destituido de su cargo por los sublevados, pero es que papá es como es. Y entre otros adornos que lo decoran, es un Núñez, es decir, de una de las familias que más marinos han dado a España, como otras ferrolanas de cuna o de asiento, que sin ellas casi no hay flota. Son los Núñez, Cheriguini, Sánchez Barcáiztegui, Suances, Vierna, Montojo, Cervera, Fontenla, Boado, Díaz del Río, qué sé yo... ¡Ah! Y los Antón. Papá, te lo habrán dicho, fue profesor de Franco en la Escuela Naval cuando el Caudillo se preparaba para entrar en la Marina, pero en julio se mantuvo fiel a la República y perdió el cargo. Mi padre es así, muy recto para sus cosas, y claro, pasó a la reserva. Mi madre ya le dice: Los marinos sois como las mareas, tanto estáis arriba del todo, como abajo de la playa. Papá se ríe porque la quiere mucho, pero para mí que no le hace gracia.

Don Indalecio nació en Puerto Rico y su mujer es la distinguida dama cubana Eva Iglesias Sierra. De ahí me viene lo de Cachita, que allí es Caridad, por la Virgen de la Caridad del Cobre. Vamos, que soy cubana de hipocorístico; ja, ja, ja. El matrimonio acude a Lugo para tomar las aguas en el balneario, y con ellos, su hija. El hogar ocasional de la familia es el Hotel Méndez Núñez, que también es Núñez y también marino. De alguna manera el hotel se ha convertido en la segunda casa de Araceli, pues suele comer con ellos todos los días. Los bisabuelos eran amigos, o un bisabuelo y un abuelo; vamos, que la cosa viene de antiguo, y además, si el hotel es Méndez Núñez, ¿dónde mejor alojarse los marinos ferrolanos?

—Las bañeras del balneario son de mármol y están tan frías que ni con el agua caliente se me quita la carne de gallina.

—Eres una cubana hipocorística exagerada, Cachita. Siempre lo fuiste. ¿Cómo va a hacer frío si son aguas terma-

les?; vamos, que siempre están calientes desde que se bañaban los romanos.

–Pues si son tan antiguas, se habrán enfriado desde entonces.

Caridad, además de friolera, dice nones al Hospital de Sangre de Lugo. El primer día tiene que fregar una sala como jamás vio otra de grande porque una niña bien no friega; y al día siguiente, si te he visto, no me acuerdo. Ella lo reconoce sin ambages. Fíjate qué cinismo. No hace falta que lo digas tú, lo digo yo con mis diecisiete.

Será porque puede, le comentan las otras enfermeras a Araceli sabiéndola amiga. A ver quién se atreve a negarse si te lo pide la Falange. Te lo pide, o te lo ordena, que la diferencia puede ser de varios metros. Ella no tiene gorrito rojo, ni camisa azul, ni yugos, ni flechas, ni luceros. A ti te sientan de maravilla, le dice ahora Cachita a Araceli en el salón del hotel donde matan la tarde. Debería verte Franco porque te haría una foto para la propaganda. Franco no es de Falange. ¡Anda que no! ¿Y quién está al frente del Movimiento? Ya, ya; pero es más que eso. Pues yo he visto fotos. Tienes que ayudarme. ¿A qué, a buscarle una camisa para Franco? No seas tonta, a darle la vuelta al abrigo del año pasado. Me quedaba estupendamente, pero en Lugo está muy visto y algo rozado. Vale, te ayudo, si tú me ayudas con el mío. Hecho. Pues tráelo, que empezamos.

La señora de Bobadilla, la dueña del hotel, tiene una mirada que pone firmes a los camareros y a ellas también, claro, si alguna vez tiene que reñirles, pero a las chicas les impresiona su señorío.

En la ciudad se dicen chismes de Araceli que solo pueden salir de la mala baba. Todas juntas no son de recibo. Alguna por separado, puede. Que si fuma, que si se trata con hombres mayores que ella, que si se escapa de su padre, que

es un descarro, que si es una revolución, que si ríe, que si canta e inventa. Esta chica tiene algo que no sé. Y el más condescendiente, que alguno siempre se cuele en las tertulias de intransigentes, dictamina:

–Hace bien, carajo; que la ciudad está de un gris que aburre.

Cachita la defiende contra viento y marea, que para algo es hija de marino.

–Es la persona más buena que conozco. Como ella no hay otra tan generosa. A mí, que no lo necesito, me da todo. ¿Qué no hará con los otros que sí lo piden y precisan? Con diez Aracelis cambiaba España.

Circula una de esas historias que la hace muy popular entre la gente de Falange, más aún entre los camisas viejas, como es su caso, afiliada en la República, cuando dar el paso costaba un coraje. Cada uno la cuenta a su manera y ella, de ninguna, de modo que el gentío está como la plaza en tardes con faenas de aliño, muy dividido. Aquel día, entre hilván e hilván, Cachita se atreve a preguntárselo.

–Araceli, si no quieres, no me contestes, pero llevo semanas con el comecome y, siendo amigas, me da no sé qué quedármelo dentro.

–Claro, mujer. Habla a tumba abierta que yo también lo haré sin verme presionada. ¿De qué se trata?

–Bueno, ya sabrás lo que se dice.

–Se dicen tantas cosas.

–Dicen que tienes relaciones.

–¿Y es eso malo?

–Que es gente mayor.

–¡Cachita! ¡Ni que hubiese salido con la Santa Compañía!

–Perdona, dicen que es uno y de edad.

–Ja, ja, ja. Tranquila. No fue Chinín y tenía los años justos.

–Entonces, sí.